Comentarios sobre la guerra de Hispania

Cayo Julio César

Lectulandia

El libro «De bello Hispaniensi» (que significa «sobre la guerra de Hispania» en latín) es parte del corpus cesariano. Se dijo que lo escribió Julio César pero actualmente esta autoría es muy discutida. Detalla las campañas de César en la península ibérica.

Aunque los estudiosos no se ponen de acuerdo sobre cuánto de esta obra es de César, lo que parece indudable es que se basó (aquellas partes que no fueron directamente escritas por él), en los apuntes y notas del autor romano.

La obra fue publicada el 50 a. C. o el 40 a. C.

Cayo Julio César

Comentarios sobre la guerra de Hispania

ePub r1.0
Titivillus 23-04-2021

Título original: *De bello Hispaniensi*
Cayo Julio César, 50

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Libro I

I. Vencido Farnaces y reconquistada el África, los que escaparon de aquellas derrotas entraron en España con Cn. Pompeyo el mozo, el cual apoderado de la provincia Ulterior, mientras César se detenía repartiendo premios en Italia, empezó a encomendarse a la fidelidad de algunas ciudades, para adquirir más fácilmente tropas con que hacer resistencia. Habiendo, pues, juntado un mediano ejército, parte por ruegos y parte por fuerza, se dio a destruir la provincia. En este estado unas ciudades le enviaban socorros voluntariamente, otras por el contrario le cerraban las puertas. De las cuales si tomaba algunas por fuerza y en ellas encontraba algún ciudadano que hubiese hecho buenos servicios a su padre Cn. Pompeyo, y fuese hombre rico, al instante se le forjaba una causa para quitarle del medio y hacer a su riqueza presa de malvados. Ganando a sus contrarios con algunos provechos de esta clase, cada día se aumentaban más sus tropas; y por lo mismo las ciudades opuestas pedían con continuos correos a la Italia que se acudiese a su socorro.

II. Siendo César dictador tercera vez, y nombrado de nuevo para el año siguiente, después de tantas expediciones, habiendo venido a concluir la guerra de España, salieron a recibirle unos diputados de Córdoba; que habían abandonado la facción de Pompeyo; los cuales le dijeron que aquella misma noche se podría tomar la ciudad, porque aún no sabían sus contrarios que él estaba en la provincia, y habían sido sorprendidos los correos que Pompeyo tenía dispuestos por varias partes para que le avisasen de su venida. Además de éstas le propusieron también otras cosas verosímiles, movido de las cuales hizo saber su llegada a Q. Pedio y a Q. Fabio Máximo, sus lugartenientes, a quienes había dejado el mando de las tropas, con orden de que le enviasen las de a caballo que hubiesen levantado en la provincia; pero vino a incorporarse con ellos más presto de lo que pensaban, y así no tuvo como deseaba la escolta de la caballería.

III. Estaba a la sazón Sexto, hermano de Cn. Pompeyo, con guarnición en Córdoba, que pasaba por capital de la provincia, y Cn. Pompeyo se ocupaba ya hacía algunos meses en el cerco de Montemayor. Luego que se supo aquí la llegada de César, salieron diputados, burlando las centinelas de Pompeyo, a suplicarle que los socorriese cuanto antes le fuese posible. César, sabiendo que aquella ciudad había servido con mucha lealtad en todos tiempos al Pueblo Romano, mandó a cosa de las nueve de la noche partiesen seis cohortes con igual número de gente de a caballo, a los cuales dio por cabo un oficial conocido en la provincia y muy inteligente, llamado J. Junio Pacieco. Llegó éste con las tropas al campo de Pompeyo, a tiempo que se levantó una gran tempestad, con tan furioso viento, que impedía el verse unos a otros, y aun el conocer cada uno al que iba a su lado. Esta misma incomodidad les fue muy provechosa, porque cuando llegaron, mandó Pacieco que marchasen los caballos de dos en dos, enderezándose derechamente a la ciudad por medio del campo enemigo. Mas como algunos de los cuerpos de guardia les preguntasen quiénes eran, uno de los nuestros les respondió que callasen, que importaba acercarse a la muralla para sorprender la ciudad. Así las centinelas, parte impedidas por la tempestad, no podían observar con atención, parte se aquietaban con esta respuesta. En llegando a las puertas, hicieron una seña, con que fueron introducidos por los ciudadanos. Entonces levantando el grito la infantería y caballería, y dejando parte de los suyos en puestos convenientes, hicieron una salida a los reales contrarios, que como les cogió de sobresalto, se creyeron todos perdidos.

IV. Enviada esta guarnición a Montemayor, para apartar César de este sitio a Pompeyo, dirigió sus pasos a Córdoba. Destacó sobre la marcha con la caballería una partida de gente esforzada de las legiones, los cuales, cuando estuvieron a la vista de la ciudad, se pusieron a las ancas de los caballos. Esto no lo podían advertir los cordobeses. Y así cuando los vieron llegar cerca, salió un número considerable de la ciudad con resolución de deshacer aquella banda de a caballo. En esto echaron pie a tierra los legionarios que dije, y los atacaron con tanta furia, que de una multitud casi innumerable, volvieron muy pocos a la plaza. Conmovido Sexto Pompeyo de esta desgracia, escribió a su hermano que viniese con prontitud a socorrerle, no fuese que tomase César a Córdoba antes de que él llegase. En vista de esta carta de su hermano, Cn. Pompeyo, estando ya a punto de tomar a Montemayor, levantó el cerco, y tomó con sus tropas la vuelta de Córdoba.

V. Habiendo llegado César al Guadalquivir, y no pudiendo vadearle por su profundidad, hizo echar en él unos grandes cestos llenos de piedras, sobre los cuales construyó un puente de dos filas de gruesas vigas, que enlazadas tomaban desde el principio del puente hasta el otro cabo de la parte de la ciudad, y así pasó el ejército en tres veces. Pompeyo vino con sus tropas al mismo paraje y acampó enfrente de él. César, para quitarle la comunicación de la ciudad y cortarle los víveres, hizo levantar una trinchera desde su campo hasta el puente. Lo mismo y con el mismo designio hizo Pompeyo. Aquí entró la disputa entre los dos generales, sobre quién ocuparía primero el puente, por lo que se trataban diariamente continuas escaramuzas, en que ya unos, ya otros quedaban superiores. Mas llegando a mayor empeño, vinieron unos y otros a las manos en sitio desigual; pues con cuanta más porfía pretendían ganar terreno, tanto más los estrechaba la inmediación del puente, y con la misma estrechez, acercándose a la orilla del río, se precipitaban en él, donde no sólo morían unos sobre otros, sino que se hacían montones de cadáveres. Así estuvo César muchos días haciendo vivas diligencias por sacar a los enemigos a campo raso y dar cuanto antes fin a la guerra.

VI. Mas viendo que el enemigo no estaba de este parecer, aunque él le había apartado del camino para traerle a lo llano, pasó por la noche el río con sus tropas, mandando hacer grandes fuegos en el campo, y tomó la vuelta de Teba la vieja, que era una de las plazas más fuertes del enemigo. Avisado de esto Pompeyo por los desertores, hizo retirar aquel día muchos carros y ballestas que había dejado en el camino por ser embarazado y estrecho, y se entró en Córdoba. César empezó el sitio de Teba la vieja con atrincheramientos y líneas de circunvalación, de lo cual informado Pompeyo, partió aquel día de Córdoba. Adelantó César a su venida el apoderarse de muchos fuertes para su resguardo, parte donde pudiesen estar varios destacamentos de caballería, y parte donde asistiesen de día y de noche partidas de infantería para defensa de los reales. Sucedió casualmente que al llegar Pompeyo había una niebla muy espesa; de suerte que, al favor de aquella oscuridad, cercaron algunas de sus cohortes y escuadrones de caballos a las partidas de César, haciendo en ellas tal destrozo, que muy pocos salvaron las vidas.

VII. La noche siguiente dio Pompeyo fuego a su campo, y pasando el río Guadajos, fue a acampar, atravesando unos valles, en una eminencia entre las dos ciudades, Teba la vieja y Lucubis. César empezó a hacer manteletes y zarzos en sus fortificaciones y las demás obras pertenecientes al sitio de la plaza. Es el país montuoso, y propio por naturaleza para la guerra. El río Guadajos atraviesa por medio del llano, pero más cerca de Teba la vieja, que sólo dista de él como dos millas. Pompeyo mantenía su campo enfrente de la ciudad en las alturas a vista de las dos ciudades, sin atreverse a dar socorro a los cercados. Tenía consigo las águilas de trece legiones; mas en las que él ponía más confianza de su valor eran dos de la provincia que habían dejado a su capitán Trebonio, una formada de las colonias del país y otra de las de Afranio, que el mismo Pompeyo trajo consigo de África. Las demás se componían de tropas auxiliares de fugitivos; en orden a infantería y caballería eran muy superiores los nuestros, así en número como en valor.

VIII. Añadíase a esto el poder Pompeyo alargar más la guerra, por ser el terreno quebrado y montuoso, y por lo mismo, muy a propósito para formar un campamento bien fortificado y porque toda esta tierra de la España Ulterior es muy difícil de atacar, por su fecundidad y la mucha abundancia de aguas. Además de esto, todos los puestos desviados de las ciudades están defendidos de las incursiones repentinas de los bárbaros con torres y fortificaciones, cubiertas aquéllas, como en el África, no con teja, sino con argamasa, en las cuales tienen atalayas, desde donde por su grande elevación descubren mucha tierra. Fuera de esto, gran parte de las ciudades de esta provincia están resguardadas con los montes y situadas en muy ventajosos puestos, que las hace muy difíciles de atacar y entrar por fuerza. De suerte que la misma naturaleza del terreno las defiende de los ataques y con dificultad se toman las ciudades de esta parte de España, como sucedió en esta guerra. Porque estando acampado Pompeyo entre las dos ciudades dichas, Tebas la vieja y Lucubis, y a la vista de entrambas, había a distancia de cuatro millas de su campo una eminencia situada ventajosamente, llamada el campo de Postumio, donde había levantado César un fuerte para poner en él guarnición.

IX. Pompeyo, que estaba cubierto con la misma eminencia, según la disposición del terreno bastante separada de los reales de César, conocía la

ventaja de aquel puesto y creía que no se aventuraría César a enviar a él nuevo refuerzo, así por ser difícil, como por mediar el río Guadajos. Fiado en esta opinión, partió de su campo a medianoche a asaltar el fuerte, para libertar de este peligro a los sitiados. Viéndole acercar los nuestros levantaron de repente el grito y le dispararon una carga de dardos, con que le hirieron mucha gente. Lo cual hecho, puestos en defensa del fuerte, y despachado aviso a César a los reales mayores, salió éste con tres legiones, a cuya vista, como huyesen los enemigos atemorizados, murieron muchos, y muchos más quedaron prisioneros; otros abandonaron las armas, de los cuales se llevaron al campo ochenta escudos.

X. Al día siguiente llegó de Italia Arguecio con tropas de a caballo, trayendo consigo cinco banderas que había ganado a los saguntinos. No fue recibido con la mayor estimación, por haber llegado ya a César la caballería de Italia con Asprenas. Esta misma noche dio fuego Pompeyo a su campo y tomó la vuelta de Córdoba. Un rey llamado Indo, que había venido a acompañar a César con tropas de a pie y de a caballo, empeñado con demasiado ardor en perseguir al enemigo, fue preso y muerto por algunos legionarios del país.

XI. Al día siguiente siguió nuestra caballería bien lejos de la plaza, hasta cerca de Córdoba, a los que conducían víveres desde la ciudad a los reales de Pompeyo, de los cuales hicieron prisioneros cincuenta hombres con sus caballerías, y fueron conducidos al campo. Este mismo día se pasó a nosotros Q. Marcio, que servía de tribuno de los soldados a Pompeyo, y a eso de medianoche se trabó una recia batalla sobre la ciudad, desde donde echaban a los nuestros fuegos arrojadizos con mucha abundancia y con cuantas artes y medios se suelen disparar. Después se pasó a nuestro campo el caballero romano C. Fundanio.

XII. Al día siguiente hizo prisioneros nuestra caballería dos soldados de una de las legiones del país, los cuales dijeron que eran esclavos; pero entrando en el campo, fueron conocidos de los soldados que antes servían a las órdenes de Fabio y Pedio, y habían desamparado a Trebonio. No hubo medio de perdonarles, y así fueron muertos por nuestros soldados. Al mismo

tiempo se cogieron unos correos enviados de Córdoba a Pompeyo, que vinieron a dar incautamente a nuestros reales, a quienes se cortaron las manos, y se les puso en libertad. A cosa de las nueve de la noche, siguiendo su costumbre, estuvieron largo tiempo los sitiados arrojando una multitud de fuegos y dardos, con que hirieron a muchos de los nuestros. Al alba hicieron una salida contra la legión sexta que estaba ocupada en la fortificación; pelearon con gran denuedo, pero contuvieron los nuestros su furia, aunque combatían los sitiados en puesto ventajoso. Así aunque intentaron la salida, rechazados por el valor de los nuestros, a pesar de la desigualdad del sitio, se retiraron muy heridos a la ciudad.

XIII. El día siguiente empezó Pompeyo a abrir una trinchera desde su campo al río Guadajos, y habiendo encontrado mayor número de los suyos a una partida nuestra de a caballo de guardia, la echaron del puesto y mataron tres soldados. Este mismo día A. Valgio, hijo de un senador, y que tenía otro hermano en el campo de Pompeyo, tomó un caballo y huyó, dejando todas sus cosas. Se apresó y dio muerte por nuestros soldados a un espía de la legión segunda de Pompeyo. A este tiempo dispararon de la plaza una bala en que venía escrito que se pondría a la vista un escudo el día que podrían acercarse a tomar la ciudad. Con esta esperanza, creyendo algunos que podrían escalar sin riesgo el muro y apoderarse de la plaza, empezaron al oía siguiente a zapar el muro, y con efecto se derribó un gran pedazo del exterior. Sorprendidos en este hecho fueron conservados por los sitiados, como si fueran de su facción, y por ellos pedían la libertad para los legionarios y para aquéllos a quienes Pompeyo había destinado a la defensa de la plaza. César les respondió que estaba acostumbrado a dar la ley, no a recibirla. Vueltos a la ciudad con esta respuesta, levantaron el grito, dispararon todo género de armas arrojadizas y se pusieron en defensa todos alrededor de la muralla, por lo que la mayor parte de los nuestros se persuadió a que harían aquel día alguna salida. Y así se dio un asalto general, en que se peleó por algún tiempo con mucho denuedo. Un tiro de ballesta disparado por los nuestros derribó una torre, en que perecieron cinco hombres que estaban dentro, y un muchacho que avisaba cuando funcionaba la ballesta.

XIV. Después de algún tiempo levantó Pompeyo un fuerte de la otra parte del río Guadajos, y no siendo estorbado por los nuestros, se dejó llevar de la

falsa gloria de haber ocupado un puesto casi en el recinto de nuestras líneas. Al día siguiente se adelantó un poco más, como solía, y llegando a un paraje donde estaba de guardia una partida nuestra de caballería, destacó algunos escuadrones con infantería ligera, que dieron de improviso sobre los nuestros, los desbarataron, y por su corto número y traer tropas ligeras, quedaron atropellados y deshechos entre sus centurias. Pasaba esto a la vista de uno y otro campo, y se iban ensoberbeciendo con arrogancia los pompeyanos, por haber empezado a seguir el alcance a algunos de los nuestros que iban huyendo; los cuales, llegando adonde fueron sostenidos por otras partidas nuestras, puestos en ademán de hacer frente, y levantando el grito, según su costumbre, no quisieron los enemigos aceptar la batalla.

XV. Sucede, por lo regular, en los ejércitos con los encuentros de a caballo, que cuando la caballería echa pie a tierra para pelear con la infantería, lleva aquélla lo peor; pues al contrario sucedió en el presente combate. Vino una tropa ligera y escogida para la acción a dar sobre nuestra caballería cuando menos lo pensaba y conocida la calidad de la gente, echaron pie a tierra muchos de los nuestros, de suerte que a poco tiempo peleaban los peones a caballo y los de a caballo a pie, llegando a combatirse hasta muy cerca de los atrincheramientos. En este choque murieron ciento veintitrés de los contrarios, muchos fueron despojados de las armas y no pocos obligados a refugiarse llenos de heridas a la plaza; de los nuestros murieron tres y quedaron heridos doce infantes y cinco caballos. En el mismo día, después de esta acción, se dio, como de ordinario, un asalto a la muralla. Después de haber arrojado a los nuestros, que no dejaban de resistirse con brío, una gran multitud de dardos y fuegos, cometieron los de Pompeyo una maldad horrible y abominable, pues empezaron a degollar a los huéspedes, que se hallaban en la ciudad, a vista nuestra, y a echarlos del muro abajo como bárbaros, cosa sin ejemplar en la memoria de los hombres.

XVI. Al respirar el día enviaron los pompeyanos un correo a la plaza, sin que lo entendiesen los nuestros, para que aquella noche diesen fuego a las torres y trincheras, e hiciesen una salida a medianoche. Así que, disparando una inmensa multitud de dardos y fuegos, con que consumieron gran parte de la muralla, abrieron la puerta que estaba enfrente del campo de Pompeyo e hicieron todas las tropas una salida, sacando al mismo tiempo faginas para

cegar los fosos y garfios de hierro para desbaratar y pegar fuego a las barracas de paja que habían hecho los nuestros por causa del frío. Trajeron, además, alhajas de plata y vestidos, para que mientras se ocupaban los nuestros en el pillaje, pudiesen deshacerlos y retirarse al campo de Pompeyo, el cual, pensando que saldrían con su intento, estuvo toda la noche formado en batalla de la otra parte del río. Mas aunque acometieron la acción sin saber nada los nuestros, con todo, animados de valor, los rechazaron y retiraron llenos de heridas otra vez a la plaza, se apoderaron de la presa y armas, y aún hicieron muchos prisioneros, que fueron muertos al otro día. Al mismo tiempo se pasó de la plaza un soldado, que dio noticia de que había salido Junio de una mina donde estaba, diciendo a voces, después de aquel destrozo de los ciudadanos, que habían caído en una grave y abominable maldad, que ningún delito habían cometido aquellos infelices, porque fuesen merecedores de aquel suplicio; pues los recibieron al abrigo de sus aras y hogares y ahora dejaban violado y manchado el derecho de hospitalidad; que al tenor de éstas había añadido otras razones, movidos de las cuales cesaron en aquella carnicería.

XVII. Al día siguiente vinieron al campo de César, como diputados de la guarnición, Tulio y Catón Lusitano, y tomando aquél la palabra, le habló en esta sustancia: «Ojalá hubieran dispuesto los dioses inmortales que fuera yo tu soldado y no de Cn. Pompeyo y que mostrase constancia en tu victoria y no en su desgracia, supuesto que sus funestos elogios han venido a parar a la triste suerte de que los ciudadanos romanos, faltos de todo socorro, seamos entregados como enemigos por desgracia de nuestra patria, no habiendo experimentado en sus prósperos sucesos aquella primera fortuna, ni alcanzado en su derrota alguna victoria favorable. Nosotros, que hemos resistido el valor de tus legiones, esperado día y noche en los reparos el corte de las espadas y el tiro de los dardos, vencidos y desamparados de Pompeyo, rendidos a tu valor, pedimos la vida a tu clemencia y te suplicamos te muestres en la rendición de tus ciudadanos cual te has mostrado a los extranjeros. —César le respondió—: Cual me he mostrado a los extranjeros, me mostraré en la rendición de los ciudadanos».

XVIII. Despedidos de César los diputados, no siguió Tiberio Tulo a Antonio que entraba, sino que volvió a la puerta y echó mano a un hombre. Viendo esto Antonio, saco un puñal con que le hirió en una mano, y ambos se

pasaron al campo de César. Al mismo tiempo se pasó un alférez de la legión primera y dijo que el día de la batalla ecuestre habían muerto treinta y cinco soldados de su bandera, pero que no se podía hablar palabra en el campo de Pompeyo, ni decir que faltaba alguno. Un siervo, cuyo señor se hallaba en el campo de César y había dejado en la ciudad a su mujer y un hijo, dio muerte a su señor y se pasó con secreto de los reales de César a los de Pompeyo, y disparó una bala con un escrito en que informaba a César de las prevenciones que se hacían para defensa de la plaza. Recibidos así algunos avisos, habiéndose entrado en la ciudad los que con balas los enviaban, se pasaron dos hermanos portugueses, que contaron la plática que había tenido Pompeyo, es a saber, que supuesto que él no podía socorrer la plaza, se saliesen de noche sin ser vistos hacia la marina; y que habiendo uno de los presentes replicado que mejor era salir al campo de batalla, que dar señal de fuga, al punto se le dio muerte. A este tiempo se cogieron dos correos y César hizo tirar las cartas a los sitiados. A uno de ellos, que le pedía la vida, le mandó que pusiere fuego a una torre de madera de los sitiados, prometiéndole que si lo hacía le concedería cuanto le pidiese. Era muy difícil incendiarla sin riesgo. El… al tiempo de acercarse a la torre de madera fue muerto por los sitiados. Esta misma noche informó un desertor que Pompeyo y Labieno se habían indignado de la matanza ejecutada en los ciudadanos.

XIX. A eso de las nueve de la noche se abrió por el pie una de nuestras torres de madera por la multitud de dardos que la disparaban, hasta el segundo y tercer alto. Al mismo tiempo se trabó un recio choque junto a la muralla, e incendiaron los sitiados una torre nuestra, aprovechándose de un viento favorable. Al romper del día siguiente se arrojó del muro una matrona, y pasándose a nuestro campo, dijo que tenía resuelto pasarse con toda su familia, pero que toda ésta había sido presa y pasada por la espada. Poco tiempo después arrojaron del muro unas tablas en que estaba escrito esto: «L. Minucio a César. Si me concedes la vida, puesto que me ha desamparado Pompeyo, cual he sido para con él, tal me experimentarás hacia ti en el valor y constancia». Al mismo tiempo vinieron a César los mismos diputados de la plaza que antes, diciéndole, que si les hacía merced de las vidas le entregarían al día siguiente la ciudad. Respondióles que era César y cumpliría su palabra. A consecuencia de esto se rindió la plaza antes del 19 de febrero, y fue aclamado capitán general.

XX. Informado Pompeyo por algunos fugitivos de la rendición de la plaza, levantó su campo, y dirigiéndose a Lucubis, dispuso levantar fuertes en todos los alrededores y mantenerse dentro de sus reparos. En este tiempo se pasó por la mañana a nuestro campo un soldado de la legión del país y dijo que Pompeyo había convocado a los vecinos de Lucubis y les había dado orden de que averiguase con toda diligencia quiénes eran de su partido y quiénes favorecían las armas victoriosas de sus enemigos. A poco tiempo se encontró dentro de una mina, en la plaza tomada, al esclavo que dijimos había dado muerte a su señor, y fue quemado vivo. No mucho después se pasaron ocho centuriones de la legión del país, y nuestra caballería tuvo una escaramuza con la de los enemigos, en que murieron de las heridas algunos de la infantería ligera. Esta noche se cogieron tres esclavos espías, y un soldado de la legión del país: los siervos fueros ahorcados, y al soldado se le cortó la cabeza.

XXI. El día siguiente se pasó a nuestro campo una partida de caballos con alguna infantería ligera. Al mismo tiempo salieron once caballos enemigos a nuestros aguadores, mataron algunos y a otros hicieron prisioneros; pero de los caballos quedaron ocho prisioneros. El día siguiente mandó Pompeyo degollar setenta y cuatro personas, que se decía afectas al partido de César; a los demás hizo retirar a la plaza, de los cuales se escaparon ciento veinte al campo de César.

XXII. Después de este suceso los naturales de Osuna, que se hallaban en Teba la vieja, salieron como diputados en compañía de algunos de los nuestros, para dar cuenta de lo sucedido a los de su ciudad y hacerles reconocer lo que tenían que esperar de Pompeyo, viendo degollar a sus huéspedes y otras muchas maldades que ejecutaban en aquellos que le recibían en sus pueblos para su defensa. Al llegar a la ciudad los nuestros, que eran caballeros y senadores romanos, no se atrevieron a entrar, sino los moradores de ella. Dadas y recibidas varias respuestas de una y otra parte, cuando ya se volvían a los nuestros, que se habían quedado fuera, salieron siguiéndolos del presidio, y de encono mataron a los diputados, de los cuales dos que quedaron volvieron a dar parte del suceso a César. Ellos despacharon espías a Teba la vieja; y habiendo averiguado que la razón de los diputados era como la habían propuesto, se alborotaron, y acometiendo al que los había

muerto, empezaron a apedrearle y querer haberle a las manos, diciendo que por él se había perdido. Él, apenas libre del riesgo, les pidió permiso para salir por su diputado para dar satisfacción a César. Dada esta facultad, salió de la plaza, y previniendo una escolta y juntándosele un buen número de gente, fue introducido de noche en la ciudad con engaño, hizo gran matanza en ella, acabó con los principales, que le habían sido contrarios, y se alzó con el mando. Después de algún tiempo se pasaron algunos siervos a nuestro campo, y dijeron que se vendían los bienes de los vecinos y a ninguno se permitía salir de la trinchera, sino desceñido, porque desde el día que se rindió Teba la vieja, muchos, poseídos del temor y sin esperanza alguna de la victoria, se refugiaban a la Extremadura; de suerte que si alguno de los nuestros se pasaba a su campo, se le destinaba a la infantería ligera y no recibía más paga que diez ases cada día.

XXIII. En los días siguientes acampaba César siempre más inmediato al enemigo y empezó a levantar una línea hasta el río Guadajos. Mientras estaban los nuestros ocupados en la obra, salieron contra ellos los enemigos desde un puesto ventajoso y en número considerable, y no separándose los nuestros del trabajo, recibieron fuertes descargas de dardos, con que quedaron muchos heridos. Aquí, como dijo Enio, perdieron los nuestros algún terreno. Y advirtiendo, fuera de toda costumbre, que iban cediendo, pasaron el río dos centuriones de la quinta legión y restituyeron la batalla; y haciendo otros muchos cosas de gran valor, pereció el uno a la multitud de dardos que desde el puesto ventajoso le disparaban. El otro, que empezaba a hacer igual el combate, viendo que le cercaban por todas partes, al querer retraerse tropezó y cayó en el suelo. Vista por muchos la caída de este varón, acudió sobre el gran número de los enemigos. Pasó entonces el río nuestra caballería, y empezó a retirarlos hasta sus trincheras. Los cuales, cebados más de lo justo en la matanza dentro ya de sus líneas, se vieron cortados por los escuadrones de a caballo y las tropas ligeras; y si no fueran personas de tanto valor, quedaran todos prisioneros, porque de tal manera los estrechaba la fortificación, que apenas se podían manejar por lo angosto del terreno. Quedaron heridos muchos en los dos encuentros, y entre ellos Clodio Aquicio, pero aunque se vino de cerca a las espadas, volvieron los nuestros con la gloria de no haber perdido un hombre, fuera de los dos centuriones.

XXIV. Al otro día se vinieron a avistar los dos ejércitos junto a Soricaria. Empezaron los nuestros a abrir trincheras; mas viendo Pompeyo que se le cortaba la comunicación del fuerte de Espejo, distante cinco millas de Lucubis, se vio en precisión de dar la batalla. Mas no se aventuró a ella en campo raso, sino que desde una altura que ocupaba quiso ganar otra más elevada, aunque para esto había de pasar por un paraje nada ventajoso. Por lo que, dirigiéndose los dos ejércitos a ocupar aquella altura, fueron preocupados por los nuestros los enemigos y echados de todo el llano, cosa que hacía ventajosa la batalla a los nuestros. Como los enemigos se retiraban por todas partes, se hizo gran matanza en ellos, a quienes salvó la montaña, no su valor; y aun de esté auxilio se les despojara enteramente, aunque con inferior número, si no hubiera sobrevenido la noche. Murieron de su infantería ligera trescientos veinticuatro soldados, y de legionarios ciento treinta y ocho, además de otros muchos, cuyas armas y despojos se trajeron a los reales.

XXV. Al día siguiente, habiendo venido al mismo paraje sus partidas de a caballo, hacían lo mismo que oirás veces, pues nadie sino la caballería tenía ánimo para presentarse en terreno igual. Estando los nuestros ocupados en los trabajos, empezaron las tropas de a caballo a tener algunas escaramuzas, y juntamente los legionarios con grandes voces, como pidiendo lugar; de modo que acostumbrados a seguir a las partidas de caballos, se podía pensar que venían dispuestos a la batalla. Salieron los nuestros bien lejos por un hondo valle e hicieron alto en la llanura en terreno igual. Mas ellos sin duda no se atrevieron a bajar a campo raso, sino Antistio Tarpión, que fiado en sus fuerzas entró en la presunción de que no había en el campo contrario quien le pudiese hacer frente. Aquí se vio, como dicen, el combate de Aquiles con Memnón. Q. Pompeyo Niger, caballero romano de Itálica, salió de nuestro ejército a sostener el combate. Como la ferocidad de Antistio había llamado la atención a todos, aun de los que estaban en la obra, los dos ejércitos se pusieron a ver esta batalla singular. Era dudosa la victoria entre los dos campeones; y así parecía que su combate iba a decidir la suerte de los dos ejércitos. Tan deseosos y afectos cada uno al de su partido (*) tenían divididas entre sí la voluntad de los experimentados y de sus favorecedores. Entraron en la llanura con brioso ademán para combatirse, ambos cubiertos con escudos muy relucientes y hermosísimos por el grabado. Cuya batalla se hubiera concluido luego, a no ser que la infantería ligera, que como dijimos estaba no lejos de los reales, para sostener a su caballería… (*). Al recogerse nuestra

caballería al campo, partieron en su seguimiento los contrarios con demasiada codicia. A este tiempo, levantando los nuestros el grito, cerraron todos con los enemigos, que poseídos del miedo, y puesto en fuga, se retiraron a los reales con pérdida de mucha gente.

XXVI. Regaló César a la centuria de Casio en premio de su valor trece mil sestercios; al capitán dos collares de oro, y diez mil sestercios a la infantería ligera. Pasáronse este día A. Bevio, C. Flavio y Aulo Trebelio, caballeros romanos de Jerez, cubiertos de armaduras casi enteras de plata. Dijeron que todos los caballeros romanos que se hallaban en el campo de Pompeyo habían convenido entre sí pasarse al nuestro, pero que por delación de un siervo habían sido todos presos, y que ellos se habían escapado hallando oportunidad para ello. También se interceptó este día una carta que enviaba Pompeyo a Osuna, de este tenor: «Si estáis con salud, me alegro; yo también lo estoy. Aunque por fortuna tenemos rechazados hasta ahora a los enemigos con gran satisfacción nuestra, con todo, si se aventuraran a venir a las manos en sitio proporcionado, concluyera la guerra más presto de lo que pensáis. Pero no se atreven a exponer su ejército bisoño al trance de una batalla, y así van alargando la guerra al amparo de nuestros fuertes. Cercan a cada una de las ciudades, de donde se surten de víveres, por lo que yo conservaré los de nuestro partido, y cuanto antes sea posible daré fin a la guerra. Tengo ánimo de enviaros algunas cohortes, y no hay duda que quitándoles el refugio de víveres en nuestros pueblos, vendrán precisamente a la batalla». Poco después, estando los nuestros descuidados en las obras, nos mataron algunos caballos que estaban haciendo leña en un olivar. Pasáronse después unos esclavos a nuestro campo, y dijeron que era mucho el temor desde el 5 de marzo, en que se dio la batalla cerca de Soricaria, y que andaba Acio Varo reconociendo todos Tos fuertes con gran cuidado.

XXVII. Este día levantó Pompeyo el campo, y sentó en un olivar de Sevilla. Antes de partir César al mismo paraje, se vio la luna a las doce del día. De aquí levantó Pompeyo su campo hacia Lucubis y mandó a la guarnición que había dejado en ella que dando fuego a la plaza se volviese a los reales mayores. A poco tiempo puso sitio César a Ventisponte, la cual se rindió. Tomó después el camino de Canica porque había cerrado las puertas a sus presidios.

Un soldado que dio muerte en los reales a un hermano suyo, fue descubierto por los nuestros y le mataron a palos. Desde aquí continuó César su marcha y llegando al campo de Munda, puso su real enfrente de Pompeyo.

XXVIII. Al día siguiente, queriendo César proseguir la marcha, le avisaron los corredores que Pompeyo había estado formando en batalla desde medianoche. Con esta noticia dio señal de batalla. Pompeyo había sacado sus tropas al campo, porque había escrito poco antes a los de Osuna, que favorecían su partido, que César no quería exponerse a bajar a lo llano, por ser bisoño la mayor parte de su ejército. Estas cartas mantenían constantes los ánimos de los moradores, y él, llevado de la misma esperanza, creía que le saldría bien todo cuanto intentase, pues estaba defendido de la naturaleza del terreno y de la fortificación de la misma plaza donde tenía sus reales. Porque, como arriba dijimos, todo este terreno es montuoso y metido entre cerros, sin que ninguna llanura los separe.

XXIX. Mas no nos ha parecido pasar en silencio lo que sucedió a la sazón. Mediaba entre los dos campamentos una llanura de cerca de cinco millas; de suerte, que las tropas de Pompeyo estaban al amparo de dos defensas: la primera, de la situación elevada de la ciudad, y la otra, de la naturaleza del terreno. Desde aquí empezaba a extenderse la llanura cortada por un riachuelo, que hacía muy difícil el ataque de su campo, porque corría hacia la derecha, dejando el terreno pantanoso y lleno de concavidades. Al ver César formado su ejército no dudó que avanzarían hasta la mitad del llano a dar la batalla. Pasaba el lance a vista de todos. Favorecía el paraje con la llanura al manejo de la caballería y convidaba también la serenidad del día y el sol, que no parecía sino que los dioses inmortales proporcionaban este tiempo excelente y sumamente apetecible para dar la batalla. Alegrábanse los nuestros, y no faltaban quienes también temían, viéndose con tal coyuntura, que el trance de una hora iba a decidir la suerte de los intereses y fortunas de todos. Avanzaron los nuestros en ademán de atacar, pensando que harían lo mismo los enemigos, pero éstos no se atrevían a separarse más de una milla de la fortificación de la plaza, resueltos a pelear al amparo de sus murallas. Los nuestros fueron avanzados más, y entretanto, la ventaja del sitio convidaba a los enemigos a pretender con tan buena proporción la victoria.

Mas con todo no se movían un paso de su propósito de no alejarse de su puesto ventajoso y de la ciudad. Marchó nuestra gente con paso lento hasta muy cerca del río, sin quererse ellos mover para aprovecharse de esta ventaja.

XXX. Constaba su ejército de trece legiones, cubiertos los lados con la caballería, y además seis mil hombres de infantería ligera. A estas tropas se añadía casi otro tanto número de auxiliares. Nuestras tropas eran ochenta cohortes y ocho mil caballos. Habiendo llegado los nuestros al terreno desigual al cabo de la llanura, estaba prevenido el enemigo del otro lado en puesto ventajoso, y era muy expuesto el pasar al terreno más elevado. Advertir esto por César, para no emprender temerariamente un lance aventurado por falta suya, señaló el terreno hasta donde sus tropas debían avanzar. Mas llegado esto a oídos de todos, llevaban muy a mal que se les estorbase el poder dar una batalla decisiva. Esta detención hizo más animosos a los enemigos, pensando que a las tropas de César las embargaba el miedo de venir a las manos. Engreídos con esta opinión, se fueron exponiendo a un paraje menos ventajoso, pero adonde todavía no podían acercarse los nuestros sin grave peligro. Tenían su puesto los decumanos en el ala derecha; en la izquierda las legiones tercera y quinta, y también las tropas auxiliares y la caballería. Al fin trabóse la batalla con gran gritería.

XXXI. Aunque los nuestros eran superiores en el valor, con todo, se defendían acérrimamente los contrarios con la ventaja del terreno, y unos y otros levantaban gran vocerío y hacían valientes embestidas para dar sus descargas, de suerte, que casi desconfiaban los nuestros de la victoria. Porque el arremeter y la grita con que suelen amedrentarse mucho los enemigos, eran en comparación iguales. Y así, habiendo traído a la pelea igual valor y denuedo, murió una gran multitud de los enemigos amontonada y atravesada de nuestros dardos. Dijimos arriba que ocupaban el ala derecha los decumanos, los cuales, aunque pocos, por el exceso de su esfuerzo, atemorizaban mucho con sus hechos a los contrarios y los iban apretando tan fuertemente, que para que los nuestros no los atacasen por el flanco, se empezó a mover una legión de derecha a izquierda para refuerzo de ésta. Luego que se separó la legión, empezó a cargar la caballería de César sobre el ala izquierda de los enemigos, que, sin embargo, se defendía con el mayor esfuerzo, y de modo que no quedaba arbitrio en el campo para socorrer a unos

ni a otros. Así que, mezclados los gritos con los gemidos, y resonando a un mismo tiempo el batir de las espadas, llenaban de terror los ánimos de los no experimentados. Aquí se combatía, como dijo Enio, pie con pie y arma con arma. Al cabo empezaron los nuestros a retirar por el campo a los contrarios, aunque peleaban con mucho esfuerzo, a quienes sirvió de amparo la ciudad. En el mismo día de las fiestas de Baco no quedara hombre vivo, si no se hubieran refugiado al mismo paraje de donde salieron. Quedaron en el campo de batalla cerca de treinta mil hombres, o algo más. Entre ellos se hallaban Labieno y Acio Varo, a quienes se hicieron las exequias, y además tres mil caballeros romanos, parte de Italia y parte de la provincia. De los nuestros faltaron hasta mil entre infantes y caballos, y quedaron heridos quinientos. Cogiéronse las trece águilas de los enemigos, con las demás insignias y las fasces, y se hicieron prisioneros diecisiete cabos principales. Éste fue el suceso de la batalla de Munda.

XXXII. Habiéndose propuesto esta plaza por refugio de la derrota, se vieron precisados los nuestros a circunvalarla. Las armas y cadáveres de los enemigos sirvieron de céspedes; de sus escudos y picas se compuso la empalizada (*). Pusiéronse encima los cadáveres, los dardos y las cabezas puestas en orden, y vueltas hacia la plaza, para que se consternasen los ánimos de los sitiados a vista de tales insignias de la victoria, que formaban la línea de su circunvalación (*). Así solían los galos cercar una ciudad con los cadáveres, picas y lanzas de sus enemigos, y luego combatirla. Huyó de la pasada derrota Valerio el mozo con algunos caballos a Córdoba y dio cuenta del suceso a Sexto Pompeyo, que se hallaba en esta ciudad. Con esta noticia repartió Pompeyo el dinero que tenía entre los caballeros que le acompañaban; dijo a los naturales que iba a tratar con César de composición y salió de la plaza a cosa de las nueve de la noche. Cn. Pompeyo, con algunas tropas de a pie y de a caballo, partió por otra parte hacia Tarifa, donde estaba su flota, la cual ciudad dista de Córdoba ciento setenta millas.

Cuando se halló a ocho millas de esta plaza, les escribió de su parte P. Calvicio, que había mandado antes su campo, que por hallarse algo enfermo le enviasen una litera en que fuese conducido a la ciudad. En vista de esta carta fue llevado Pompeyo a Tarifa. Los que seguían su partido se juntaron en la casa donde se hospedó (aunque sospechaban que venía de

oculto) para tomar sus órdenes acerca de la guerra. Habiéndose juntado mucha gente, Pompeyo desde la litera se entregó a su fidelidad.

XXXIII. Después de la acción ya dicha, teniendo César cercada a Munda, se encaminó a Córdoba. Los que se refugiaron aquí después de la derrota, se hicieron dueños del puente. Cuando llegaron los nuestros, empezaron a insultarlos con mil oprobios, diciéndoles que sólo habían quedado unos pocos de la batalla y que adonde pensaban recogerse. Y se pusieron en defensa del puente. César pasó el río y acampó delante de la ciudad. Escápula, cabeza de la sedición de los esclavos y libertos, habiéndose refugiado en Córdoba después de la batalla, convocó a su familia y libertos; mandó que le preparasen una hoguera, que le previniesen una gran cena y cubriesen la hoguera de sus más ricos vestidos; repartió entre su familia todo su dinero y alhajas, cenó temprano, bebió vino mezclado con resina y nardo, y al fin mandó a un siervo y a un liberto, que había sido su concubino, al uno que le degollase y al otro que encendiese la hoguera.

XXXIV. Luego que César sentó su campo delante de la ciudad, se levantó gran discordia entre los habitantes, unos por César, otros por Pompeyo; de suerte, que casi se oían sus voces en los reales. Estaban a la sazón algunas legiones de fugitivos y siervos de los vecinos, a quienes Sexto Pompeyo había dado libertad, los cuales fueron llegando a rendirse a César. La legión trece se puso en defensa de la ciudad, y aunque otros lo repugnaban, ocupó parte de los fuertes y la muralla. Los partidarios de César le enviaron diputados de nuevo, pidiendo que entrasen las legiones en la plaza para su socorro. Advertido esto por algunos de los fugitivos, empezaron a poner fuego a la ciudad; pero entrando entonces los nuestros, y cerrando con ellos, mataron veintidós mil, además de los que perecieron fuera de la muralla. Así quedó César dueño de la ciudad. Durante esta detención los que dijimos arriba que se habían refugiado en Munda, hicieron una salida, en que murieron muchos de ellos y los demás fueron retirados a la plaza.

XXXV. Marchando César desde aquí a Sevilla, vinieron diputados a pedir que les perdonase; él les ofreció conservar la ciudad. Entró en ella su lugarteniente Caninio con una guarnición, y César acampó extramuros. Había

dentro un grueso presidio de la facción de Pompeyo, que llevaba muy a mal se hubiese dado entrada a las tropas de César. Diputaron, sin que lo trasluciesen los nuestros, a un tal Filón, acérrimo defensor del partido de Pompeyo y muy conocido en Portugal, A. Cecilio Niger, llamado el bárbaro, que acampaba junto a Lenio con un número considerable de portugueses. Volvió éste con socorro; fue recibido otra vez de noche en la plaza por la muralla y pasó a cuchillo las centinelas y guarnición de César. Cerráronse luego las puertas y se pusieron de nuevo en la anterior disposición de defensa.

XXXVI. Mientras andaban en esto vinieron diputados de Tarifa a dar parte a César cómo tenían en su poder a Pompeyo, esperando recompensar con este servicio la falta que antes habían cometido de cerrarle las puertas. Entre tanto, los portugueses no dejaban de atender a la defensa de Sevilla. Y viendo César que si se empeñaba en dar un asalto, aquella gente perdida pegaría acaso fuego a la ciudad y arruinaría sus murallas, tomando consejo, resolvió dejarlos salir por la noche, lo cual pensaron ejecutar sin que él lo supiese. Con efecto, salieron e incendiaron las naves que estaban en el Guadalquivir; y mientras los nuestros se ocupaban en apagar el fuego, se escaparon; pero dieron en manos de nuestra caballería, que acabó con todos. Recobrada la ciudad, tomó el camino de Jerez, de donde vinieron diputados a pedir la paz. Los que se retiraron a Munda, viéndose tanto tiempo cercados, vinieron muchos a entregarse; y formada de todos una legión, se conjuraron a que con cierta señal hiciesen una salida los de la plaza, y ellos en los reales harían gran matanza. Averiguada la traición, la noche siguiente mediada ésta, recibida la contraseña para distinguir a los de César de los adversarios, fueron todos pasados por la espada fuera de las trincheras.

XXXVII. Los de Tarifa, mientras César rendía de paso otras ciudades, empezaron a discordar entre sí acerca de Pompeyo: parte eran de los que habían enviado diputados a César, y parte de los que favorecían la facción de Pompeyo. Encendida la sedición, se ocuparon las puertas; el mismo Pompeyo, herido, se valió del auxilio de treinta galeras y se salvó huyendo. Fue luego avisado Didio, que mandaba la escuadra de Cádiz, y salió en su seguimiento. Al mismo tiempo destacó por una parte caballería, y por otra infantería, para que no se le escapase. A los cuatro días de navegación le alcanzó, porque habiendo salido de Tarifa sin prevención de agua, hubieron de saltar a tierra.

Mientras estaban haciendo aguada se encontró Didio con la escuadra, y unas naves incendió, y por último, apresó otras.

XXXVIII. Pompeyo escapó con pocos de los suyos y se hizo fuerte en un paraje de ventajosa situación. Tuvieron noticia de esto la caballería y las cohortes que se habían destacado a perseguirle, por espías que iban delante, y así marchaban de día y de noche. Estaba Pompeyo herido gravemente en un hombro y en la pierna izquierda, a lo que se le juntaba haberse torcido un pie, lo cual le embarazaba mucho; de suerte, que al dejar el puesto donde se había refugiado era menester llevarle en una litera. Un portugués que iba delante de ella fue reconocido de la tropa de César, y así fue cercado de la caballería y las cohortes. Era muy difícil de atacar aquel paraje, porque Pompeyo, viéndose conocido de los nuestros por su inadvertencia, volvió a ganar prontamente el puesto ventajoso que antes ocupaba; el cual, aunque difícil, y que se podía defender con poca gente contra mayores tropas, no dudaron los nuestros atacarle. Pero fueron rechazados con dardos en el ataque, y al retirarse, los cargaban los enemigos con más denuedo, y con esto los estorbaban más el asalto. Como esto mismo sucediese muchas veces, conocieron los nuestros el daño que recibían, lo cual los determinó a cercarle. Empezaron a levantar con presteza un valladar desde el pie de la colina para poder pelear con los contrarios en igual terreno; los cuales, en vista de esto, buscaron modo de salvarse huyendo.

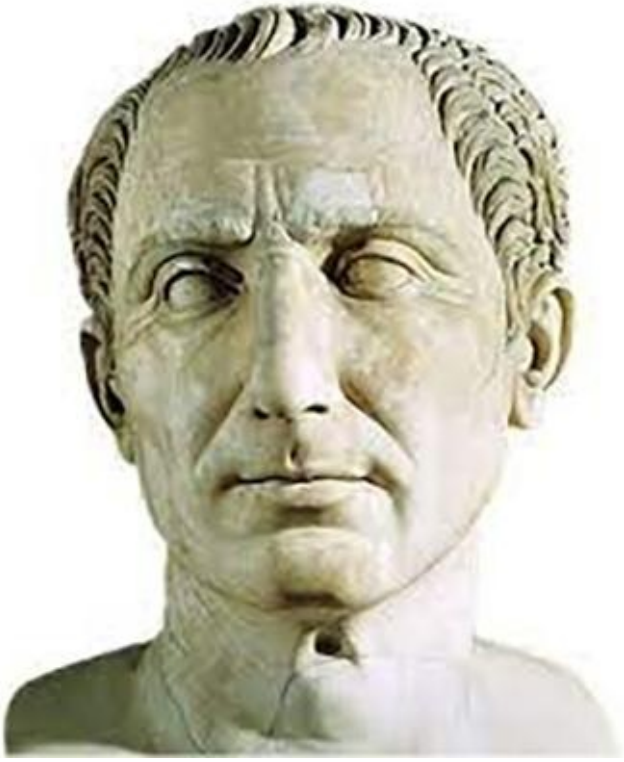
XXXIX. Pompeyo herido, como se ha dicho, y torcido un pie, no podía huir muy de prisa, y por lo escabroso del terreno, ni a caballo ni en la litera encontraba auxilio para salvarse. Los nuestros, perdido el fuerte y sus auxilios, corrían libremente las espadas por los enemigos. Pompeyo fue a refugiarse a una hondonada de un valle en una caverna a modo de gruta, adonde no le hallaran tan fácilmente los nuestros si no fuera descubierto por unos prisioneros; allí le mataron. Estando César en Cádiz el día 12 de abril, se trajo su cabeza a Sevilla, y se expuso a la vista de la ciudad.

XL. Muerto Cn. Pompeyo el mozo, Didio, de quien acabo de hacer mención, alegre de tan buen suceso, hizo sacar a tierra algunas naves para componerlas y él se retiró a un fuerte inmediato. Los portugueses que

quedaron de la refriega volvieron a rehacerse, y vinieron a atacar a Didio con un grueso no despreciable. No perdonaba éste diligencia para resguardar las naves; pero le sacaban a veces del fuerte las continuas correrías de aquella gente, los cuales, después de continuas y diarias escaramuzas, le armaron una celada dividiéndose en tres trozos. Unos estaban prevenidos para incendiar las naves, y una vez incendiadas, volverse a incorporar con el grueso de sus tropas; otros estaban apostados donde, sin ser vistos de nadie, podían venir a dar sobre el enemigo. Así, habiendo salido Didio del fuerte con sus tropas a perseguirlos, dieron la seña los portugueses, y pusieron fuego a las naves. A la misma seña salieron los emboscados por las espaldas y con gran vocerío cercaron a los que habían salido a perseguir aquellos forajidos. Murió Didio en esta acción con muchos de los suyos, defendiéndose con gran valor. Algunos se salvaron de la refriega aprovechándose de los esquifes que hallaron en la ribera; otros se refugiaron a nado en las naves que estaban sobre áncoras, y cortando los cables, tomaron su derrota a fuerza de remo. Los portugueses se apoderaron de la presa. César pasó otra vez de Cádiz a Sevilla.

XLI. Fabio Máximo, a quien César dejó el cargo de estrechar el sitio de Munda, adelantaba continuamente sus trabajos (*), de tal suerte, que estrechados los enemigos por todas partes, trataron de pelear unos con otros. Después que se ejecutó así una matanza cruel (*) hicieron una salida. No perdieron los nuestros la ocasión de señorearse de la plaza, donde todos los que se encontraron quedaron prisioneros. Desde aquí marcharon la vuelta de Osuna, ciudad defendida con grandes fortificaciones, cuya situación muy elevada hacía muy dificultoso el ataque, no sólo por las obras, sino por la naturaleza del terreno. Añadíase a esto no haber más agua que la de la misma ciudad, pues en todos los alrededores no se hallaba un arroyo en ocho millas de distancia. Favorecía esto mucho a los habitantes, y más que en seis millas no se encontraba ni césped para levantar trinchera ni madera para la construcción de torres. Porque Pompeyo, para dejar a la ciudad más segura de sitio, había mandado cortar toda la leña del contorno y meterla en la plaza. Así se veían los nuestros precisados a conducir todos los materiales de Munda, de la cual acababan de apoderarse.

XLII. Mientras esto pasaba sobre Munda y Osuna, habiendo pasado César de Cádiz a Sevilla, a otro día tuvo una asamblea general, en que les hizo a la memoria «que desde el principio de su cuestura había tomado particular afecto a esta provincia entre todas y que la hizo en aquel tiempo cuantos beneficios pudo; que después, siendo pretor, y con algunas más facultades por su empleo, había alcanzado del Senado que la perdonase los impuestos que Mételo la había cargado, libertándola de la opresión de sus pagos; que al mismo tiempo, tomándola bajo su protección, introdujo muchas diputaciones suyas en el Senado y había defendido muchas causas públicas y privadas, acarreándose por ello no pocos enemigos; que en su consulado, aun estando ausente, había hecho cuantos favores había podido a la provincia, y que a todas estas buenas obras eran ingratos y desconocidos para consigo y con el Pueblo Romano, así en la guerra presente, como en las pasadas. Vosotros, dijo, que conocéis el derecho de las gentes y de los ciudadanos romanos, pusisteis las manos unas y muchas veces, como bárbaros, en las personas sagradas de los magistrados. En medio del día intentasteis dar muerte alevosamente a Casio en la plaza pública. Vosotros habéis aborrecido siempre la paz de tal manera, que nunca puede menos el Pueblo Romano de tener entre vosotros sus legiones. Los beneficios recibís como injurias, y estimáis por favores los agravios. Así jamás habéis podido conservar ni la concordia en la paz ni el valor en la guerra. Recibido por vosotros fugitivo el joven Cn. Pompeyo, siendo un mero particular, se apropió las fasces y el imperio; levantó tropas contra el Pueblo Romano, dando muerte a muchísimos ciudadanos, y a instancias de vosotros mismos ha asolado vuestros campos y toda la provincia. ¿Y de quién os imagináis vencedores? ¿No hacíais cuenta que, aun destruyéndome a mí, quedaban todavía diez legiones al Pueblo Romano, capaces, no sólo de resistiros a vosotros, sino aun de sepultar al mundo en sus ruinas?…». Falta lo demás.



CAYO JULIO CÉSAR. (Roma c.100- Roma 44 a. C.) fue un político y militar romano del siglo I a. C. miembro de los patricios Julios Césares que alcanzó las más altas magistraturas del Estado romano y dominó la política de la República tras vencer en la guerra civil que le enfrentó al sector más conservador del Senado.

Nacido en el seno de la *gens* Julia, una familia patricia de escasa fortuna, estuvo emparentado con algunos de los hombres más influyentes de su época, como su tío Cayo Mario, quien influiría de manera determinante en su carrera política. En 84 a. C., a los 16 años, el popular Lucio Cornelio Cina lo nombró *flamen Dialis*, cargo religioso del que fue relevado por Sila, con quien tuvo conflictos a causa de su matrimonio con la hija de Cinna. Tras escapar de morir a manos de los sicarios del dictador Sila, fue perdonado gracias a la intercesión de los parientes de su madre. Trasladado a la provincia de Asia, combatió en Mitilene como legado de Marco Minucio Termo. Volvió a Roma a la muerte de Sila en 78 a. C., y ejerció por un tiempo la abogacía. En 73 a. C. sucedió a Cayo Aurelio Cota como pontífice, y pronto entró en relación con los cónsules Pompeyo y Craso, cuya amistad le permitiría lanzar su propia carrera política. En 70 a. C. César sirvió como cuestor en la provincia de la Hispania Ulterior y como edil curul en Roma. Durante el desempeño de

esa magistratura ofreció unos espectáculos que fueron recordados durante mucho tiempo por el pueblo.

En 63 a. C. fue elegido pretor urbano al obtener más votos que el resto de candidatos. Ese mismo año murió Quinto Cecilio Metelo Pío, *pontifex maximus* designado durante la dictadura de Sila, y, en las elecciones celebradas para sustituirle, venció César. Al término de su pretura sirvió como propretor en Hispania, donde capitaneó una breve campaña militar contra los lusitanos. En 59 a. C. fue elegido cónsul gracias al apoyo de sus dos aliados políticos, Pompeyo y Craso, los hombres con los que César formó el llamado Primer Triunvirato. Su colega durante el consulado, Marco Calpurnio Bíbulo, se retiró para así entorpecer la labor de César que, sin embargo, logró sacar adelante una serie de medidas legales, entre las que destaca una ley agraria que regulaba el reparto de tierras entre los soldados veteranos.

Tras su consulado fue designado procónsul de las provincias de la Galia Transalpina, Iliria y la Galia Cisalpina, esta última tras la muerte de su gobernador, Céler. Su gobierno se caracterizó por una política muy agresiva con la que sometió a prácticamente la totalidad de los pueblos celtas en varias campañas. Este conflicto, conocido como la guerra de las Galias, finalizó cuando el general republicano venció en la batalla de Alesia a los últimos focos de oposición, encabezados por un jefe arverno llamado Vercingétorix. Sus conquistas extendieron el dominio romano sobre los territorios que hoy integran Francia, Bélgica, Países Bajos y parte de Alemania. Fue el primer general romano en penetrar en los inexplorados territorios de Britania y Germania.

Mientras César terminaba de organizar la estructura administrativa de la nueva provincia que había anexionado a la República, sus enemigos políticos trataban en Roma de despojarle de su ejército y cargo utilizando el Senado. César, a sabiendas de que si entraba en la capital sería juzgado y exiliado, intentó presentarse al consulado in absentia, a lo que los optimates se negaron. Este y otros factores le impulsaron a desafiar las órdenes senatoriales y protagonizar el famoso cruce del Rubicón, momento en el que, al parecer, pronunció la inmortal frase *alea iacta est* («la suerte está echada»). Inició así una nueva guerra civil, en la que se enfrentó a los optimates, que estaban liderados por su antiguo aliado, Pompeyo. Sus victorias en las batallas de Farsalia, Tapso y Munda sobre los conservadores, le hicieron el amo de la República. El hecho de que estuviera en plena guerra civil no evitó que se enfrentara a Farnaces II en Zela y a los enemigos de Cleopatra en Alejandría.

A su regreso a Roma se hizo nombrar cónsul y dictador perpetuo, e inició una serie de reformas económicas, urbanísticas y administrativas.

A pesar de que bajo su gobierno la República experimentó un breve periodo de gran prosperidad, algunos senadores vieron a César como un tirano que ambicionaba restaurar la monarquía. Con el objetivo de eliminar la amenaza que suponía el dictador, un grupo de senadores formado por algunos de sus hombres de confianza como Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino y antiguos lugartenientes como Cayo Trebonio y Décimo Junio Bruto Albino urdieron una conspiración con el fin de eliminarlo. Dicho complot culminó cuando, en los idus de marzo, los conspiradores asesinaron a César en el Senado. Su muerte provocó el estallido de un largo periodo de guerras, en la que los partidarios del régimen de César, Marco Antonio, Octavio y Lépido, derrotaron en la doble batalla de Filipos a sus asesinos, liderados por Bruto y Casio. Al término del conflicto, Octavio, Antonio y Lépido formaron el Segundo Triunvirato y se repartieron los territorios de la República, aunque, una vez apartado Lépido, finalmente volverían a enfrentarse en Accio, donde Octavio, heredero de César, venció a Marco Antonio y se proclamó primer emperador romano con el nombre de Augusto.

Al margen de su carrera política y militar, César destacó como orador y escritor. Redactó, al menos, un tratado de astronomía, otro acerca de la religión republicana romana y un estudio sobre el latín, ninguno de los cuales ha sobrevivido hasta nuestros días. Las únicas obras que se conservan son sus *Comentarios sobre la guerra de las Galias* y sus *Comentarios sobre la guerra civil*. Otras obras suyas, aunque sea de forma parcial (los estudiosos no se ponen de acuerdo sobre cuánto de esas obras fue directamente escrito o dictado por César y cuánto fue posteriormente añadido en base a sus apuntes) son: las obras que forman *Bella Tria: Comentarios sobre la guerra de Alejandría, Comentarios sobre la guerra de África y Comentarios sobre la guerra de Hispania* Se conoce el desarrollo de su carrera como militar y gran parte de su vida a través de sus propias obras y de los escritos de autores como Suetonio, Plutarco, Veleyo Patérculo o Eutropio.